

LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN LA HISTORIA: ¿DESDE CUÁNDO EXISTE EL FENÓMENO INTERNACIONAL?

David J. Sarquís

El pasado no está muerto, ni siquiera es pasado.

William Faulkner
(1959, pág. 73)

La inquietud original para el desarrollo de este trabajo nace de una creciente percepción y preocupación sobre el carácter predominantemente *presentista* en el estudio actual de las relaciones internacionales. Entiendo, desde luego que toda generalización es abusiva y que el desinterés por la historia no es generalizado entre los internacionalistas, muchos de los cuales tienen una clara vocación histórica; sin embargo, como intento explicar a lo largo de la obra, dada la tendencia a considerar a las relaciones internacionales como un fenómeno exclusivo de la modernidad, aun los interesados en la perspectiva histórica se muestran renuentes a ir más allá de la frontera temporal que significa el periodo final de la Edad Media y de la frontera geográfica de la Europa Occidental. Es mi intención argumentar en favor de una visión de mucho mayor alcance en el tiempo y el espacio para explorar el fenómeno internacional, lo que necesariamente conlleva a la necesidad de revisar el concepto mismo de relaciones internacionales.

Esto nos lleva, naturalmente a tener que cuestionar específicamente, cuándo en el tiempo y el espacio (es decir, en la historia y la geografía) resulta pertinente empezar a hablar de relaciones internacionales, problema al que nos estaremos enfrentando en este trabajo.

Aun cuando las razones del *presentismo* resultan fáciles de justificar, como habremos de ver más adelante, mi impresión es que el carácter eminentemente **histórico** de las ciencias sociales en general y de las relaciones internacionales en lo particular exige de una revisión mucho más detallada del pasado, sobre todo cuando se pone en juego la comprensión integral de la realidad contemporánea, esto es, que se requiere de una revisión muy completa de la relación actual de las ciencias sociales en general (y de las relaciones internacionales en particular) con la historia¹.

La importancia del conocimiento histórico como ya hemos dicho no es, por supuesto, desconocida entre los internacionalistas. De hecho, en los orígenes de nuestra disciplina, la historia diplomática (una de las vertientes disciplinarias más desarrolladas en relaciones internacionales) fue una de las fuentes principales de las que se nutrieron los más destacados estudiosos en este ámbito. El legado de la historia diplomática es ciertamente de los más abundantes en nuestro campo disciplinario².

No obstante, dos problemas importantes obligaron a una reconsideración de la relación original de las relaciones internacionales con la historia:

- La idea de que del análisis del pasado se podían extraer leyes generales absolutas e invariables del acontecer social (*historicismo*) tendencia que ha sido fuertemente criticada, especialmente durante la segunda mitad del siglo XX; y
- la tendencia entre especialistas de las ciencias sociales en general e internacionalistas en lo particular a representar el pasado de grupos humanos específicos desde una perspectiva preferentemente endógena, es decir, desde el interior de cada uno de ellos (*el mundo se concibe más bien como un mosaico permanente de comunidades humanas políticamente independientes entre sí*), merced al cual en la actualidad normalmente se privilegian las historias “nacionales” o “locales”, antes que la historia de la humanidad en su conjunto (perspectiva que, algunos autores incluso dudan como viable)³.

En el ámbito de las relaciones internacionales, el *historicismo* se combatió con la idea del carácter básicamente inédito y singular de cada fase nueva del desarrollo histórico⁴, misma que gradualmente llevó a privilegiar los análisis de coyuntura en demérito de la vocación histórica, especialmente por lo que se refiere al análisis histórico de largo alcance, lo que de alguna manera significa que, mientras más remoto es el pasado, menos “internacional” se le debería considerar.

Por otra parte, la noción del *mosaico permanente de grupos humanos diferenciados* reforzó la idea de que la condición *sine qua non* para hablar de relaciones internacionales era precisamente la existencia de grupos humanos separados, autónomos y diferenciados,

misma que se asumió como condición “normal” de la experiencia humana sobre el planeta, lo que dio pie a la concepción de la “sociedad internacional” como una estructura irremediabilmente anárquica, y virtualmente irrealizable como proyecto social de mayor alcance, imagen que, al hablar de la historia de las relaciones internacionales, se proyectó como característica de todo el pasado imaginable (cualquiera que éste fuese) en el ámbito “internacional”.

La reacción contra el *historicismo* desconectó entonces a la experiencia internacional de sus raíces históricas inmediatas y profundas para sólo privilegiar el análisis de coyuntura. Por su parte, la imagen de la *sociedad anárquica*, congeló la idea de lo internacional como una realidad permanentemente fragmentada y caótica, siempre caracterizada por la ausencia de un “poder común”⁵ y la amenaza del conflicto.

Sólo hacían sentido entonces las historias unitarias de comunidades concretas consideradas por separado, y además, en lucha permanente con otras entidades similares; eso eran las relaciones internacionales en cualquier momento histórico que pudieran pensarse. Así se fue conformando la idea del *medio internacional* como espacio socio-histórico específico para las relaciones internacionales, permanentemente condenado a un irremediable *estado de naturaleza*⁶.

Como resultado de este enfoque, la aparición de los aparatos estatales en la historia (pero en especial el del Estado moderno) empezaron a verse como el instrumento natural para la formalización de las relaciones internacionales. De este modo, casi sin sentir, las relaciones internacionales empezaron a identificarse preferente y casi exclusivamente con relaciones interestatales. Por supuesto que los especialistas del área se esfuerzan por manejar una idea más amplia del concepto de relaciones internacionales como un flujo de interacción que rebasa fronteras nacionales y que tiende a formar entidades político-sociales de mayor envergadura: sistemas, sociedades o comunidades internacionales. No obstante, para la mayor parte de la opinión pública no especializada la idea de relaciones internacionales aún conserva el carácter meramente formal de los procesos interestatales.

En función de las consideraciones anteriores, la presente investigación tiene por objeto una reevaluación detallada **de la dimensión histórica** del fenómeno internacional, capaz de

superar las limitaciones del *historicismo*, pero a la vez, capaz de superar la visión restringida de la *sociedad anárquica* como único modelo posible para entender el *fenómeno internacional histórico*⁷, **objeto central de reflexión en este trabajo.**

Es menester aclarar, sin embargo, que el trabajo no busca leyes absolutas e inmutables del desarrollo histórico para explicar de manera determinista ni mecánica la evolución de los hechos internacionales o predecir su advenimiento. Tampoco busca la elaboración de un modelo simplista u homogeneizante de todo el acontecer histórico-social, es decir, un modelo que sólo enfatice las semejanzas en la evolución de comunidades humanas separadas en el tiempo y el espacio sin respetar sus diferencias, ni la acumulación del conocimiento histórico como referente anecdótico para la construcción de historias singulares o locales (nacionales).

Dado el enfoque predominantemente coyuntural que tienen los estudios internacionales hoy en día, la presente investigación tendría como objetivo central el rescate de la dimensión histórica de la realidad internacional, con el propósito de abrir nuevos horizontes de investigación sobre el pasado desde una perspectiva *internacional*, es decir, una perspectiva que contemple al conjunto de la humanidad en su interactuar común y explore la influencia de esta interacción en el devenir de cada grupo y en la conformación de sistemas internacionales históricos.

Para el desarrollo de una perspectiva de esta naturaleza es definitivamente necesario precisar el concepto de lo *internacional* del cual se parte, en este sentido, identifico por lo menos tres tendencias actuales:

1. Una visión rigorista que define a lo internacional a partir de su raíz semántica exclusivamente como trato entre **naciones**. Su uso práctico es realmente muy limitado ya que el fenómeno que se intenta describir rebasa con mucho la intención del término.
2. Una visión rígida que asume las dificultades inherentes a pensar sólo en naciones, reconoce la importancia de las estructuras políticas que dirigen a la nación y, en consecuencia define a la fenomenología internacional preferentemente a partir de la

relación **formal** entre Estados. Aunque ésta ofrece un margen de acción y reflexión más amplio, en la práctica también se queda corta para abarcar la totalidad de los fenómenos inherentes al trato entre distintas colectividades humanas.

3. La visión flexible, que pretende abarcar un horizonte histórico de mayor amplitud concibe a las relaciones internacionales como un flujo amplio de interacción entre *comunidades políticamente autónomas* y culturalmente diferenciables. Este tipo de comunidades incluye: bandas, clanes, tribus, fatrias, pueblos, naciones, etc.

La ubicación temporal del fenómeno internacional depende entonces de la concepción sobre lo internacional de la cual partimos.

- En la visión rigorista existe la tendencia a ubicar el nacimiento del sistema internacional moderno a partir de la firma del tratado de Westphalia, porque se asume que con él nacen las bases de los estados nacionales (1648), enfoque que, por cierto, no está exento de debate ya que muchos analistas sociales no ubican el nacimiento de los estados nacionales sino hasta el siglo XIX.
- La visión rígida puede tener una perspectiva histórica más amplia ya que llega a contemplar la posibilidad de arrancar el análisis a partir del surgimiento de los primeros estados en la antigüedad.
- La visión flexible es la de mayor alcance histórico porque asume la existencias de interacción entre comunidades políticamente autónomas prácticamente desde los albores de la humanidad, lo cual puede fácilmente ser visto como una exageración, si se piensa que desde entonces *relaciones internacionales* es siempre lo mismo. De alguna forma lo es, porque implica interacción entre comunidades políticamente autónomas, por lo que siempre habrá algún nivel de semejanza en la interacción, pero, por otra parte, también estará la especificidad de cada grupo y de su época; no se pueden disociar unas de otras de manera absoluta, es claro que, cada una tiene sus implicaciones y razón de ser, pero no son mutuamente excluyentes.

Desde este punto de vista, se tendría que demostrar que tiene sentido estudiar, no sólo la historia universal tradicional, como el registro documentado para la caracterización de

pueblos o civilizaciones particulares, consideradas desde el enfoque de su singularidad, sino concretamente **la historia de los sistemas internacionales como entidades diferenciadas en el tiempo**, es decir, como totalidades que siempre significan algo más que la mera suma mecánica de sus partes y que por lo tanto requieren de ser analizadas desde una perspectiva *holista* e integral.

Esto no significa, desde luego, ignorar la singularidad en la experiencia histórica-internacional (trabajo que ya está ampliamente documentado por la historia diplomática tradicional) sino completarla con una mirada retrospectiva totalizadora cuyo propósito es entender, tanto la unicidad del hecho histórico concreto como la regularidad sociológica en los ciclos de larga duración que la propician. **A la luz de este criterio, se busca coadyuvar a la articulación de una historia holista y totalizadora de sistemas internacionales.**

Es, por lo tanto, hipótesis central de esta reflexión, demostrar que efectivamente existe algo que puede ser denominado como *sistema internacional* (de los cuales han existido varios en la historia), cada uno de los cuales tiene una evolución propia en el tiempo, la cual es susceptible de caracterización (a partir del reconocimiento de sus semejanzas y del señalamiento de sus diferencias con otros sistemas del mismo tipo) y que está compuesto por grupos humanos políticamente autónomos, cuya interacción genera un espacio o nivel de la realidad social que es cualitativamente distinto al espacio endógeno de cada uno de esos grupos por separado, pero a su vez dependiente de lo que ocurre al interior de cada uno de ellos. La idea es que, a partir del proceso de multiplicación de nuestra especie, el planeta ha estado poblado por grupos políticamente independientes y culturalmente diferenciados entre sí que invariablemente interactúan unos con otros, influyéndose de manera recíproca y creando a través del contacto, entidades políticas mayores, hasta conformar los grandes imperios que conoce la historia. Esta es, desde luego una tendencia que se concreta de distintas formas en cada caso y que a la vez ilustra el concepto de una regularidad sociológica al paso del tiempo.

Sólo desde esta perspectiva totalizadora se pueden integrar estas experiencias singulares al estudio unificado de la humanidad como conjunto.

Una hipótesis de esta naturaleza plantea retos metodológicos importantes. No buscamos probar la existencia de relaciones inter-gubernamentales en el pasado (la evidencia existente sobre este fenómeno es ya abrumadora). Buscamos más bien sugerir el comportamiento sistémico de las colectividades humanas en su proceso de formación y desarrollo, para explicar el surgimiento de *sistemas internacionales históricos* y su devenir; en el sentido más laxo del término, explorar su evolución histórica a través del análisis de los factores que promueven su dinámica y finalmente su transformación o desaparición del escenario histórico⁸.

Ahora bien, la forma como planteamos el objetivo que persigue este trabajo sugiere de entrada un importante problema conceptual que estaremos dilucidando a lo largo de la obra sobre la base de una concepción sobre *lo internacional* que conviene aclarar desde un principio. Puesto que estaremos hablando de relaciones, escenarios, realidad, actores, factores, medio, sistemas, órdenes, etc. **internacionales**, es menester precisar a qué nos estamos refiriendo con el uso del término.

Desde una perspectiva de rigor semántico esta noción coloca a *la nación* en el centro mismo del debate. Para mí no hay duda de que la nación debe ser considerada como una categoría del pensamiento social moderno y contemporáneo que singulariza la experiencia de esta forma de agrupación humana según condiciones histórico-concretas que se desarrollaron en el ámbito geográfico de la Europa Occidental de manera progresiva desde principios del siglo XV (aunque algunos autores pueden objetar esta fecha y proponer cosas un poco más adelante o un poco más atrás –ya nos ocuparemos del asunto en uno de los capítulos subsiguientes).

Ciertamente existen formas de agrupación social anteriores a la nación (bandas, familias comunales primitivas, tribus, clanes, hordas, gens, fratrias, pueblos); cada una de las cuales posee sus rasgos distintivos, lo que permite hacer análisis social, bien sea desde la búsqueda de denominadores comunes entre todas ellas para enfatizar sus semejanzas o desde el señalamiento de sus diferencias para singularizar a cada una en su especificidad. No obstante, conviene enfatizar que estos enfoques no son mutuamente excluyentes sino, de hecho, complementarios. La historia de la humanidad en su conjunto puede abordarse desde distintos ángulos de observación, bien sea la unidad en la diversidad o la diversidad de lo

unitario; desde la singularidad del momento histórico-concreto hasta la concatenación histórica estructuralmente interconectada, pero eso no hace a uno menos válido o más “verdadero” que el otro.

Claro que estrictamente hablando deberíamos restringir el estudio de las *relaciones internacionales* a la era moderna (cuando surgen las naciones como formas características de agrupación social), pero como veremos más adelante, eso equivale a ignorar más del 90% de la historia de la humanidad.

Por supuesto que los rasgos específicos de la era moderna deben ser caracterizados aparte, pero no está de más insertarlos luego en un ejercicio de continuidad en la experiencia evolutiva de la humanidad. La sustancia de lo internacional, desde el punto de vista que queremos abordarlo en este trabajo se refiere al fenómeno *general* de la interacción entre colectividades humanas independientes -o comunidades políticamente autónomas, siguiendo la terminología de Raymond Aron (1967) y no exclusivamente a la interacción entre los estados, como sugiere la idea del complejo relacional internacional manejada por Jean Jaques Chevalier⁹. Para Aron, en efecto, *la sociedad internacional representa el conjunto de todas esas relaciones entre Estados y entre personas privadas que permite pensar en la unidad de la especie humana*. [Énfasis añadido] (Aron, 1984, pág. 22)

Es mi impresión que, a pesar del origen común de la humanidad en el continente africano¹⁰, en el proceso su evolución y dispersión por el mundo, los seres humanos siguieron un patrón de regularidad claramente observable que involucra, primero, la división de la raza humana en un enorme número de subgrupos que fueron ocupando distintas áreas del planeta en las que desarrollaron su propia cultura, y luego, fueron interaccionando entre sí, fusionándose para crear civilizaciones, cada una de las cuales han ido cumpliendo sus ciclos vitales mediante procesos recurrentes de aglutinamiento para formar civilizaciones y de ruptura o fragmentación para dar paso a nuevas colectividades autónomas que tienden a reiniciar el ciclo.

A falta de un mejor concepto para hablar de este proceso histórico de largo alcance, uso el nombre de *relaciones internacionales* en un sentido laxo para elaborar sobre este proceso de fusión-ruptura de los grupos humanos independientes que, al entrar en contacto entre sí

crean los sistemas internacionales¹¹, mismos que los internacionalistas contemporáneos se encargan de explorar como fenómenos sociales, pero que los historiadores deben ayudar a explorar y comprender desde la perspectiva de su evolución en el tiempo.

Se puede objetar, sin duda, este uso flexible del concepto y señalar las dificultades que produce al equiparar etapas históricas de características tan distintas, quizá creando una falsa impresión de continuidad inquebrantable en la historia. El riesgo es real. Los historiadores modernos avezados en cuestiones de física cuántica bien podrían enfatizar la evidente discontinuidad de los tiempos históricos. Pero yo no propongo que la historia sea ni una experiencia de evolución lineal, ni una repetición mecánica de construcción y destrucción de sistemas internacionales. Cada sistema, a pesar de las semejanzas que pueda tener con los demás, siempre es en sí una experiencia única e irrepetible, como lo somos cada uno de nosotros como seres humanos, lo cual no impide que también nos podamos estudiar como especie que ha evolucionado al paso del tiempo.

Me interesa la historia de largo alcance y la visión de conjunto de la experiencia humana, aunque no por ello niego la importancia de los análisis de coyuntura y la búsqueda de la especificidad singularizante, porque insisto, no creo que sean o deban ser enfoques mutuamente excluyentes. Aunque la contundencia de la lógica aristotélica nos señale que ambos enfoques no pueden ser verdaderos a la vez, necesitamos hacer el enorme esfuerzo intelectual de verlos así, como perspectivas complementarias en la configuración de una realidad que es inherentemente compleja, en la que todo está interconectado entre sí y todo se influye de manera recíproca en el interminable proceso de auto-reproducción.

Una perspectiva histórica de largo alcance equivale al estudio integral del bosque que nos permite una comprensión cabal del árbol (que nos remite a la reconfiguración de nuestras ideas sobre el bosque... y así, sucesivamente). Un enfoque de este tipo no busca una simplificación reduccionista que generalice la historia de la humanidad sobre la base de unos cuantos principios rectores o conceptos aglutinadores¹² de validez universal en detrimento de la especificidad que debe darse a cada época y a cada concepto, pero sí sugiere la importancia de no perder de vista las posibilidades de continuidad histórica contempladas a través del prisma de patrones de regularidad que marcan tendencias históricas en un contexto no determinista.

El proceso de enseñanza-aprendizaje de la historia en el ámbito universitario contemporáneo

Enseñar historia a estudiantes de ciencias sociales en cualquiera de sus distintas especialidades durante este turbulento inicio de siglo suele ser auténticamente un reto. A pesar del interés que en ocasiones llegan a mostrar los jóvenes por algunos temas de carácter histórico, generalmente se sienten mucho más atraídos por, y motivados con el análisis de cuestiones coyunturales que con el estudio de la historia (sobre todo con los temas más distantes en el tiempo), no sólo porque los asuntos de coyuntura representan una vivencia más claramente relacionada con sus experiencias directas del mundo, sino porque además, las cuestiones coyunturales parecen de hecho estar más evidentemente relacionadas con sus propios horizontes profesionales inmediatos. Además, como es fácil argumentar, las condiciones materiales del mundo actual son tan radicalmente distintas y están condicionadas por factores tan diferentes a los del pasado que, aparentemente resulta imposible extraer cualquier lección significativa del pasado (sobre todo, del más distante).

Para muchos de nuestros jóvenes, desafortunadamente, el pasado parece una cosa remota, ajena y, de alguna manera poco relacionada con la complejidad del presente (que es único, irrepetible e irreversible), de donde se desprende una creciente indiferencia hacia el conocimiento histórico (caduco, anecdótico, inescrutable e inútil) particularmente el de más largo alcance. Hobsbawn ha reconocido el problema con toda claridad cuando escribe que:

“La destrucción del pasado o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea a la de generaciones anteriores es uno de los fenómenos más característicos y tenebrosos de la última etapa del siglo XX. La mayoría de los y las jóvenes de este fin de siglo han crecido en una especie de presente permanente que carece de cualquier relación orgánica con el pasado público de los tiempos que les ha tocado vivir” (Hobsbawn, 1994, pág. 3)

La cuestión se torna incluso más grave cuando los analistas contemporáneos de la realidad social en sus diversos ámbitos, actualmente caracterizados por una clara tendencia globalizante¹³, sobre-enfatizan la idea (sólo parcialmente correcta) de que hoy en día vivimos una situación carente de todo parangón histórico, lo que prácticamente convierte al estudio de la historia (por lo menos desde una perspectiva tradicional) en una especie de lujo intelectual tan ostentoso como innecesario.

Tal parece como si en el mundo “inédito” de la globalización, el conocimiento histórico se hubiese convertido para los estudiosos de las ciencias sociales en una especie de bien *apreciable* como parte de un bagaje cultural que puede ser siempre conveniente pero que resulta, en última instancia, enteramente prescindible. En este contexto, el rechazo hacia el estudio de la historia no ya viene sólo de prácticas didácticas mal fundadas: el objeto de estudio en sí parece estar perdiendo atractivo entre la mayoría de los jóvenes del mundo contemporáneo (por lo menos en la cultura occidental) porque no se le ve utilidad práctica inmediata.

Aquí tenemos pues los orígenes de una peligrosa actitud característica de amplios sectores del análisis social hoy en día: el *presentismo*, actitud doblemente peligrosa habida cuenta del carácter eminentemente histórico de todos los fenómenos sociales. A lo largo del trabajo estaremos explorando la idea con mayor detenimiento.

No obstante, se debe ser cuidadoso con el tema; hablar de *presentismo* en ciencias sociales en la actualidad no significa elucubrar con ideas filosóficas acerca del tiempo y del espacio o de la existencia como un fenómeno estrictamente temporal para demostrar que todo lo que hay en el universo, sólo existe en el presente, enfatizando el carácter ilusorio del pasado o del futuro¹⁴. En una de sus formas filosóficas más sutiles, el argumento manejado por Ortega y Gasset dice que:

“ni el pasado ni el futuro forman parte del mundo presente, y esto es lo que me interesa subrayar: que el mundo presente es sólo presente. Consiste su realidad únicamente en aquello que es sólo presente; su pasado lo es en absoluto, y el futuro en absoluto no es todavía, todo lo cual nos permite concluir que el mundo físico tiene un pasado y tiene un futuro, pero no los contiene, no forman parte de él (...) Una nación, un hombre, una palabra, un gesto existen también en un presente; son en cuanto presentes y ahora, pero en ese su presente resuena el pasado y palpita el futuro, es decir, que estos no están fuera de ellas, sino que, al revés, forman parte de ellas”. (Ortega y Gasset, 1960, págs 121-122)

La forma de presentismo a la que me refiero en este trabajo, no cuestiona la existencia del pasado como objeto de estudio; más bien está puntualmente orientada a sugerir que las condiciones actuales del escenario internacional son tan radicalmente distintas a las de cualquier otra época que, por lo tanto, las lecciones del pasado han dejado de ser significativas para el analista social contemporáneo.

La visión de los *presentistas* sugiere que, por mucho que se pudiera aprender de esas lecciones, el aprendizaje resultaría básicamente inútil en términos de utilidad práctica para la vida, porque las condiciones de la realidad social contemporánea son **tan** distintas hoy en día, que ninguna de las estrategias aplicadas en escenarios previos tendría ni viabilidad ni sentido. Debo enfatizar, no obstante, que ésta no pretende ser una acusación generalizada; el presentismo es hoy en día una tendencia, bastante difundida, pero no absoluta. Hay, por cierto, especialmente en nuestro país, muy destacados internacionalistas que desde las primeras etapas de desarrollo de la disciplina hay fomentado insistentemente el estudio de la historia como instrumento *sine qua non* para lograr una mayor solidez profesional.

En alguna medida puede decirse que esta forma de presentismo está asociada con el relativismo cognoscitivo, que de hecho niega la posibilidad de establecer comunicación efectiva entre ‘formas de vida’ o cosmovisiones distintas. En este sentido, la realidad tendría un matiz de subjetividad impenetrable condicionado por el lenguaje que la representa, una idea desarrollada a fondo por Wittgenstein durante la primera mitad del siglo pasado.¹⁵

En otras palabras, los presentistas en el ámbito de la diversa gama de ciencias sociales no niegan, como hemos dicho, en forma alguna la existencia del pasado como objeto de estudio (como tal está bien para los historiadores y éstos deben seguir cultivado cuidadosamente el análisis del pasado); más bien cuestionan (dada la supuesta singularidad del mundo actual) la posible utilidad práctica de cualquier enseñanza histórica relevante para la comprensión del escenario mundial contemporáneo y, por lo tanto, recomiendan mejor centrar la atención del análisis social en los aspectos singulares e irrepetibles de la realidad global contemporánea. La historia desde esta perspectiva tiene sentido como instrumento para descubrir la unicidad de momentos histórico-concretos más que para compararlos entre sí porque la comparación de hecho resulta una imposibilidad cognoscitiva.

Hunt plantea el caso del presentismo con mucha claridad en *Responses to Charles S. Maier, “Marking Time: The Historiography of International Relations”* cuando, al hablar de la historia diplomática de su país, nos dice:

“El ‘Presentismo’ ciertamente permea la historia diplomática de los Estados Unidos. Es evidente en los intereses de aquellos que investigan y enseñan en esta área y está reforzado por la comunidad, generalmente extensa, de encargados del diseño de políticas y por el público bien enterado que la historia diplomática generalmente atrae. El presentismo desempeñó un papel central en los orígenes de la historia diplomática de los Estados Unidos a principios del siglo XX, un periodo de creciente conciencia acerca del surgimiento de Estados Unidos como potencia mundial. Desde entonces, ha definido las principales controversias en este campo, desde el debate en torno a la participación norteamericana en la Primera Guerra Mundial, pasando por el enfoque internacionalista de la política exterior y el de los apologistas de la Guerra Fría, hasta el revisionismo de la Nueva Izquierda. Estas controversias a su vez, hasta cierto punto, afectaron a la opinión pública, influyendo en el diseño de políticas y, en última instancia profundizando la tendencia presentista entre los propios historiadores de las relaciones internacionales”. (Hunt en Kammen, Michael, 1980, págs. 355-381)

El mensaje resulta suficientemente claro: las exigencias que plantean las situaciones de coyuntura sobre los escenarios internacionales en términos de diseño de estrategias y más concretamente, de acción política requieren de un grado de atención tal con respecto al presente, que deja muy poco margen para la reflexión histórica profunda, o para el análisis histórico comparativo, sobre todo cuando se asume el carácter único, singular y distintivo del momento actual (cualquiera que este sea) y se disocia estructuralmente de épocas pasadas, las cuales, en consecuencia, dejan de ser referente útil para el presionante proceso de toma de decisiones de *la siempre cambiante actualidad*.

Ciertamente no se trata ahora de reconvertir a las ciencias sociales en disciplinas esencialmente *historicistas*. La historia tiene, por supuesto una enorme relevancia que es necesario abordar y considerar con todo detenimiento para lograr una mejor comprensión del presente, pero que de ninguna manera va a sustituir la importancia del análisis de coyuntura para la definición de políticas de acción; la intención de hecho es complementarlo.

La atención detallada a las cuestiones de coyuntura está más que justificada por esos imperativos de acción política que suponen ahora mismo, y ciertamente no vamos a emprender una búsqueda detenida de lecciones del pasado para tratar de deducir a partir de ellas ningún tipo de leyes absolutas sobre el desarrollo histórico de la humanidad en su conjunto; leyes que pudiesen “explicar” pero, sobre todo “anticipar”, como sugiere la

ciencia positivista, la condición actual del escenario mundial de manera estrictamente determinista, cosa que la propia historia ha demostrado imposible de lograr¹⁶.

Es claro que la historia nunca se repite de manera mecánica ni lineal; incluso donde pueden detectarse similitudes escénicas, no hay forma de garantizar que una decisión exitosa (o un fracaso) en el pasado se va a repetir de manera automática para producir el mismo tipo de resultados en otro momento y bajo otras circunstancias. ¿Qué se pretende entonces con el análisis de la historia como componente esencial para la formación de los analistas sociales del presente? Bueno, de alguna manera lo ha señalado Stern al reflexionar sobre el valor de la historia como instrumento del conocimiento:

“En primer lugar –nos señala el autor- ningún evento político o internacional, quizá una guerra o una revolución o una recesión global surgen de la nada y para poder valorar su significado, necesitamos ponerlos en contexto, no sólo buscando elementos de continuidad que los conectan con el pasado pero también reconociendo los factores nuevos que lo distinguen de él. En segundo lugar, aunque no podamos extrapolar el futuro a partir del pasado ya que el mañana bien puede ser distinto del ayer, el análisis histórico nos puede revelar la forma en la que las sociedades –incluyendo la sociedad internacional- evolucionan. (...) En tercer lugar, aunque la historia no pueda proporcionar pruebas con respecto a una idea o una teoría, sí nos puede proporcionar evidencia, patrones o precedentes necesarios para argumentar a favor de una idea o plantear dudas sobre otras.” (Stern, 2000, pág. 55)

Desde este punto de vista, más allá de implantar una perspectiva historicista para el estudio de las ciencias sociales en lo general y para el de las relaciones internacionales en lo particular, **se trata de recuperar el interés de los estudiosos de lo social por el pasado**, para poder entender mejor, a través de su estudio, la secuencia evolutiva (no lineal) que nos ha traído hasta donde estamos ahora como sociedades y poder identificar, a partir de ello, la forma genérica de operar de cada sistema internacional histórico, para después dar paso al análisis de sus singularidades e incluso, para poder comparar de manera más significativa la experiencia del presente con las diversas experiencias del pasado, pero sobre todo para articular una representación integral de la experiencia humana en su conjunto.

Justifico el intento de despertar el interés por la historia entre los estudiosos de la realidad social con el supuesto de que, de alguna manera, portamos cada uno de nosotros, tanto en lo individual como en lo colectivo huellas, rasgos e influencias procedentes de nuestro proceso evolutivo, tanto biológico como cultural, de tal suerte que nuestra concreción como

individuos o como sociedades refleja la ruta histórica que inevitablemente hemos seguido para llegar a lo que llamamos el presente; de este modo, la historia no sólo está interiorizada en todo cuanto existe y en ese sentido opera como instrumental básico, tanto en nuestra forma de entender la realidad como en la de generar expectativas hacia el futuro. Bajo un enfoque constructivista diríamos que los individuos y las colectividades se construyen, se deconstruyen y se reconstruyen a sí mismos o entre sí justamente en función de sus historias; como atinadamente ha sugerido Ortega y Gasset, más que una “naturaleza” intrínseca e inmutable, los hombres tienen historia. (Ortega y Gasset, 1984)

En este sentido, es claro que la reconstrucción histórica, dondequiera que se lleve a cabo, permite el establecimiento de líneas causales que conectan acontecimientos, incluso remotos, con situaciones actuales, no con el propósito de sugerir cualquier forma de predeterminación, sino básicamente con el interés de reconocer patrones de regularidad en el devenir, trayectorias socio-temporales, tendencias y principios condicionantes de las mismas.

Entender la génesis de cualquier fenómeno social es, de este modo, un primer paso fundamental para la comprensión integral del mismo como objeto de estudio. A partir de ahí se puede apreciar que el origen del sistema internacional contemporáneo tiene raíces históricas profundas e influencias diversas y bien definidas que los estudiosos de la realidad social deben conocer si es que aspiran a entender de manera integral la singularidad del momento actual. Tudge confirma este enfoque cuando puntualiza:

*“La historia no se vive en aislamiento; ciertamente es, en gran medida, la historia de las interacciones. Las naciones se relacionan con otras naciones, las especies con otras especies –y todos ellos con su medio. Las otras criaturas que han ocupado nuestro planeta durante los últimos 50 millones de años han contribuido a moldear nuestra evolución, de hecho, en parte evolucionamos justamente para poder interactuar con ellas y nosotros a su vez las influimos (...) **sin información antecedente no podríamos apreciar lo que es diferente hoy en día**”* [Énfasis añadido] (Tudge, 1996, pág. 25)

Parte del problema para hacer significativa la enseñanza de la historia entre los aspirantes a cualquier especialidad en ciencias sociales radica, por supuesto, en la forma como tradicionalmente se ha enseñado, esto es, con un enfoque preferentemente condicionado por

la didáctica tradicional, en la que el énfasis radica en la perspectiva singularizante del hecho nacional y en su memorización.

Así por ejemplo, la mayoría de los cursos de historia mundial contemporánea arranca con el análisis de la revolución francesa como un fenómeno socio-político distintivamente local y se aboca a su explicación desde un ángulo preferentemente endógeno, con una mención casi marginal de las condiciones externas que impulsan el movimiento revolucionario en ese país o de la influencia que el pensamiento revolucionario ejercería posteriormente por el resto de Europa **y de la manera en que éste contribuiría a desarrollar las bases del sistema internacional de su época y a consolidar los cimientos de un nuevo orden internacional.**

En otras palabras, la historia tradicional ve a Francia como una entidad política separada e independiente del resto de países que la rodean, la cual tiene sentido por sí misma y sólo se relaciona con el resto del mundo de manera discrecional y voluntariosa, mientras que, desde una perspectiva sistémica se busca hacer énfasis en la condición de dicho país como parte de un todo más amplio que lo influye y condiciona, pero al que él misma retroalimenta: el sistema internacional. No es, por supuesto, que el primer enfoque esté “mal” o “equivocado”; ambos representan, de hecho ángulos de observación complementarios.

En consecuencia, desde la perspectiva tradicional, los alumnos se concentran en aprender a reconocer las causas estructurales que originan el movimiento revolucionario **en Francia** (es decir, desde una perspectiva preferentemente endógena) identificar a los personajes principales que participaron en él y recordar las fechas significativas en su proceso de concreción. Esos son los aspectos sobre los que, al final de un curso, se les va a evaluar cuando son estudiantes, o bien, son las cuestiones que supuestamente mejor revelan la calidad del conocimiento entre cualquier ciudadano común; desde tal ángulo de observación resulta siempre más difícil de apreciar la manera en la que la revolución francesa contribuye, efectivamente, a trastocar un orden internacional establecido y a instaurar otro.

La historia significativa para los estudiosos de las ciencias sociales contemporáneas, entonces, tiene que ser predominantemente *internacional* –en el sentido más laxo del término- cuestión que estaremos abordando en este trabajo, y por lo tanto *holística* en su enfoque. Es la historia del conjunto de entidades políticamente independientes (pero estructuralmente vinculadas) que comparten un espacio geográfico y temporal determinado y que, a través de su sola presencia física, se influyen de manera recíproca para conformar una entidad (sistema) que siempre resulta superior a la mera suma mecánica de sus partes.

Es por lo tanto, la historia que centra su atención en los *sistemas internacionales* como totalidades la que de alguna manera nos interesa en este trabajo: su génesis, su evolución, sus factores condicionantes, su estructura, su comportamiento, sus tendencias, su interconexión, su naturaleza intrínsecamente *holística*.¹⁷ En ausencia de un enfoque sistémico, la idea misma de historia universal carece prácticamente de sentido.

La historia de la revolución francesa, en este contexto, tiene que ser ubicada dentro de un movimiento procesal mayor que el del enfoque local tradicional referido a la historia de *Francia*; tiene que abarcar en su conjunto el ámbito de las revoluciones burguesas que por esa época se desarrollaron en diversas partes del mundo¹⁸. El alumno tiene entonces que aprender a relacionar esta serie de movimientos sociales que, a pesar de manifestarse desde el interior de alguna frontera *nacional*, están de hecho íntimamente relacionados entre sí, independientemente de las distancias y de las fronteras que los separan, influyéndose de manera recíproca para configurar, como ya hemos dicho, esa totalidad que es definitivamente superior a la suma mecánica de sus partes: el sistema internacional, que sólo entonces se convierte por mérito propio en objeto de estudio disciplinario.

A través del esfuerzo realizado en este trabajo pretendo explorar la viabilidad de la idea de ‘sistemas históricos internacionales’ como entidades formadas por colectividades humanas que se desempeñan con un cierto grado de autonomía, pero que, por compartir un determinado espacio geográfico se ven envueltas en una dinámica aglutinante que tiende a fusionarlas de manera progresiva, creando así espacios culturales ampliados que involucran a todas estas ‘partes’ (subsistemas) en un solo destino, que ellas mismas van a construir.

Todos los interesados en la problemática histórica de un sistema de esta naturaleza tienen que aprender a trabajar desde una perspectiva multi-causal y multi-variable. Distintos métodos analíticos en ciencias sociales se han esforzado por desmenuzar la complejidad de sus objetos de estudio para encontrar los elementos básicos que los definen, de ese modo, sus modelos explicativos centran su atención en variables específicas como la lucha por el poder, la producción, la cultura, la capacidad tecnológica, etc. y desde ahí articulan propuestas que, dada la complejidad real de los fenómenos sociales, siempre resultan insuficientes, justamente por su carácter reduccionista.

La realidad histórica mundial no puede ser simplificada de manera tan burda; los estudiosos de ciencias sociales tienen que aprender a reconocer que efectivamente:

“Todo en el mundo está conectado con todo lo demás a través de una delicada y compleja red de interacciones. La mejor computadora jamás diseñada por los humanos puede todavía calcular siquiera una fracción de las relaciones que existen en el ecosistema de un solo lago (...) todo en la realidad es parte de un flujo dinámico, las cosas no sólo ‘existen’ como alguna especie de categoría fija y aislada. Esta visión estática del mundo ha sido ya reemplazada por un enfoque en el que todo está en proceso continuo de transformación” (Rifkin & Howard, 1981, pág. 223)

De esta manera, los analistas de la realidad social aprenden a apreciar que los acontecimientos en Francia, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, etc. se concatenan y se convierten en algo más que bases para una épica nacional; de hecho, contribuyen a la conformación de un sistema internacional en el que la trayectoria evolutiva de las partes se convierte en función de su interacción con la totalidad del conjunto. Es mi impresión, desde luego, que la experiencia integradora del sistema internacional contemporáneo responde a los mismos principios organizativos de todos los sistemas internacionales en la historia, y esto es lo que de alguna manera vamos a tratar de probar con el desarrollo de este trabajo. Esto no significa en forma alguna que la experiencia histórico-concreta de cada sistema internacional sea una mera repetición mecánica de las vivencias de los otros sistemas internacionales en la historia.

Como ya hemos dicho, esto no reemplaza, desde luego, la perspectiva de la conformación endógena y singular de cada uno de los componentes en cada sistema internacional; de hecho, como ya se ha sugerido, la complementa. Presumiblemente, los alumnos en nuestros

Los cursos de historia ya traen alguna experiencia de las historias nacionales (por eso es que muchas veces los cursos de historia mundial contemporánea les pueden llegar a parecer repetitivos). En este sentido, el reto fundamental para el historiador de las relaciones internacionales es justamente reconocer el carácter integral del sistema que constituye su objeto de estudio y la inescapable influencia a la que quedan sometidas las partes en función del accionar del conjunto.

Las historias nacionales se van definiendo entonces justamente a partir de la influencia que ejerce el sistema internacional en ellas, y la propia historia del sistema se define en función de la retroalimentación que recibe con el comportamiento de las partes: las naciones, que en el sistema actual conforman al sistema internacional y éste a su vez influye en el desarrollo de cada unidad nacional, influencia recíproca que condiciona la evolución dialéctica de todo sistema. En el pasado anterior a la existencia de las naciones (en el que hablamos de pueblos, tribus, clanes o familias comunitarias), la dinámica sistémica es muy semejante, lo que no significa que el devenir de todos los sistemas internacionales tenga que ser el mismo.

Desde la perspectiva analítica, el trabajo del historiador nacional tiene que complementar entonces el desarrollo del enfoque de una historia auténticamente universal que contemple al sistema internacional en su conjunto:

“Ahí donde se reconocen los temas de carácter internacional frecuentemente han sido tratados como piezas sueltas que tienen que ser incorporadas a la historia nacional. Allí donde han desempeñado un papel más importante, normalmente ha sido como extensiones de la épica nacional, principalmente a través de la guerra, las exploraciones o los procesos de construcción imperial. De este modo, los historiadores del estado nacional han cumplido con su papel tanto en nacionalizar el internacionalismo al tratar al mundo más amplio como una extensión de intereses nacionales más estrechos y en internacionalizar el nacionalismo al exportar el programa básico del estado-nación y sus historiografía particular hacia los países recientemente independizados fuera de Europa y en el mundo no occidental” (Hopkins, 2002, pág. 14)

El sistema internacional, como toda forma de organización sistémica, es una realidad cambiante y por lo tanto, está permanentemente en transición de una etapa a otra; dicho de otro modo, cualquier sistema internacional se está transformando de manera continua: nunca es una sola cosa de una vez por todas y para siempre.

En este sentido, como en el caso de cualquier otro sistema, el internacional normalmente es difícil de caracterizar, porque ello implica, por necesidad, la identificación de los aspectos más evidentemente estáticos del sistema -aquello que puede observarse en él como constante, a pesar del flujo continuo del cambio- lo cual necesariamente genera conflicto para los observadores que debaten de manera indefinida sobre la relevancia o la primacía que se le debe dar a la continuidad o al cambio como factores definatorios en los análisis de los escenarios internacionales históricos, ya que de alguna manera, siempre hay elementos para favorecer el énfasis analítico, ya sea en la continuidad o en el cambio en relación con el momento específico de la realidad mundial que se tenga en mente.

Desde este punto de vista, los estudiosos de sistemas internacionales siempre requieren de algún punto de consenso sobre aquellos que pueden ser considerados como momentos de cierta estabilidad del sistema, ya que ellos hacen posible una caracterización más o menos estática del mismo.

Para eso sirve la noción de *orden internacional*¹⁹; justamente para identificar patrones de conducta, guías de acción prevalecientes en el comportamiento del sistema internacional durante periodos suficientemente largos –aunque no necesariamente homogéneos- para ser caracterizados como *bloques históricos*²⁰. Hernández-Vela ha acotado la idea del orden internacional con toda precisión al definirlo como:

“Situación, disposición u ordenación relativamente organizada, jerarquizada, reglamentada, equilibrada y estable de la sociedad internacional en la que cada uno de sus sujetos o elementos, individual o colectivamente ocupa una posición y representa un rol en función esencialmente de su poder y evoluciona de acuerdo con su desempeño. Siempre ha prevalecido un orden en cada momento o periodo determinado de la historia de la humanidad, como parte de un proceso orgánico evolutivo, caracterizado por su naturaleza, estructura, amplitud de población, y extensión geográfica, consistencia, rigidez, estabilidad, duración y grado de organización, sistematización y grado de articulación, y hasta de desorden implícito.” (Hernández-Vela, 2002, pág. 85)

Volveremos a tratar estos puntos más adelante en el desarrollo de la obra. Por el momento es necesario hacer algunas precisiones sobre el concepto de bloque histórico tal como queremos usarlo en esta obra.

Concibo la idea de un bloque histórico como un lapso temporal durante el cual un sistema internacional funciona bajo la guía (implícita o explícita) de un conjunto de reglas básicas o principios guía (frecuentemente no escritas e implícitamente acordados) que surgen precisamente como producto de la interacción sistémica y orientan el comportamiento de los miembros del sistema durante su periodo de vigencia y que, desde ese punto de vista, permiten su caracterización. Entre los estudiosos de las relaciones internacionales es común hablar del orden de Viena, en relación con el conjunto de principios y compromisos entre las potencias europeas, acordados durante el célebre Congreso de Viena²¹ (1814-1815) luego de la derrota de Napoleón, los cuales dieron semblanza de bloque histórico al periodo de 1815 a 1914, cuando el estallido de la primera guerra mundial marcó el inicio de una nueva era.

Orden internacional y bloque histórico son entonces conceptos complementarios que facilitan la construcción histórica de las relaciones internacionales²²; cada sistema de hecho puede transitar por varios de estos órdenes y puede, en consecuencia, incluir varios bloques históricos. Así por ejemplo, se dice que el sistema internacional contemporáneo habría nacido después de la Paz de Westphalia en 1648, con la firma de los tratados de Münster y Osnabrück, que darían paso al inicio del proceso de configuración de estados nacionales que después han transitado por diversas fases de desarrollo hasta llegar a nuestros días.

Los bloques históricos, por supuesto, se sugieren a sí mismos a los ojos de los analistas a través de los acontecimientos observables sobre los escenarios internacionales, pero es cada analista el que los define como espacios de convivencia internacional y análisis, y es el propio analista quien tiene que demostrar consistentemente que dos acontecimientos históricos (por ejemplo, el Congreso de Viena de 1815 y el Congreso de Versalles de 1919) pueden ser constituidos de manera efectiva como fronteras temporales de un sistema o subsistema internacional caracterizado por su propio orden; en otras palabras, corresponde a los historiadores de las relaciones internacionales demostrar la existencia de un bloque histórico concreto y lograr consenso entre el resto de su comunidad epistémica respecto de las características que lo singularizan. Evidentemente, la tarea se vuelve mucho más compleja mientras más atrás en el tiempo se retrocede, porque las líneas para la demarcación son mucho más difíciles de establecer y justificar.

La historia de las relaciones internacionales, en su sentido más amplio puede entenderse entonces como el esfuerzo de reconstrucción de sistemas de interacción social entre comunidades políticamente independientes que se caracterizan por seguir un conjunto de principios (a veces sólo sobre entendidos) que guían su comportamiento y definen una estructura, un comportamiento y una evolución sistémicos durante un tiempo determinado. **El reto del analista, en cada caso es, por supuesto, reconocer lo que válidamente puede llamarse un sistema internacional histórico y caracterizarlo atendiendo a sus especificidades.**

Desde este punto de vista, la historia de las relaciones internacionales puede ir tan atrás en el tiempo como el estudioso determine conveniente, siempre y cuando él tenga la capacidad de demostrar la existencia de entidades políticamente autónomas (que no necesariamente naciones) coexistiendo en un ámbito espacio-temporal determinado, bajo un orden específico que es justamente lo que estaremos examinando a través de nuestros análisis de caso.

Esto conlleva, ciertamente el riesgo de un reduccionismo simplista basado exclusivamente en el análisis de las semejanzas que los sistemas internacionales históricos pueden exhibir entre sí (debido a su condición sistémica); por ello estaremos insistiendo de manera continua a lo largo del trabajo en la importancia que tiene la caracterización de cada sistema histórico detectable como experiencia singular. Ortega y Gasset nos alerta puntualmente sobre este riesgo mediante una acerba crítica a la visión de Toynbee sobre la “regularidad” que el autor inglés cree ver en la historia, cuando señala que lo único que ha hecho es transpolar de manera simplista el esquema de desarrollo de la civilización greco-romana (que es la experiencia que él conoce) para referir, en los mismos términos; la experiencia de otras civilizaciones que el autor sólo imagina, como experiencias comparables a la greco-romana (cuando en realidad no lo son) (Ortega y Gasset, 1960).

Para Ortega y Gasset, el caso más visible de lo fallido e inaplicable que es la visión de Toynbee sobre la regularidad en la historia es el torpe intento realizado al tratar de incorporar a la civilización minoica de Creta al esquema del desarrollo civilizador, equiparándola con el caso de Roma. Es precisamente en este terreno donde el trabajo concreto del historiador resulta insustituible, porque si bien los analistas sociales pueden

observar la continuidad de la experiencia social que revela regularidades sociológicas en el devenir evolutivo de los grupos humanos, son los historiadores quienes se encargan de realzar las singularidades de cada momento histórico-concreto.

De este modo, el sistema internacional contemporáneo no es sino eso, un momento concreto (una fase) en la escala evolutiva general de la interacción entre grupos humanos políticamente independientes, que luchan por preservar su independencia, pero que con frecuencia acaban formando parte de entidades mayores (imperios) como resultado de la tendencia aglutinante que exhibe la historia de los sistemas internacionales en la historia, sin que ello implique de antemano que éste era el destino inexorable de la humanidad. El pensamiento sistémico sugiere tendencias evolutivas basándose en el análisis de probabilidades, según las condiciones específicas de cada momento, pero nada más, no es determinista en forma alguna.

Corresponde entonces al estudioso de la realidad internacional determinar en qué se parece el sistema internacional actual a sistemas internacionales históricos y, desde luego, cómo se distingue de manera significativa de todos ellos.

Estoy partiendo de la idea básica de que el sistema internacional contemporáneo no es sólo una creación surgida del Tratado de Westfalia de mediados del siglo XVII, sino que es más bien producto de la evolución de múltiples *sistemas internacionales* que se han formado a través de más de 5000 años de historia de interacción entre diferentes grupos humanos.

Será por tanto necesario investigar cómo es que se forma un sistema internacional; definir qué es lo que le confiere tal condición; establecer cómo opera, cuáles son sus patrones de regularidad, sus tendencias características. Si hablamos de varios de ellos, habrá que reconocer similitudes entre todos, **pero aún con mayor énfasis, establecer diferencias que singularizan y dan especificidad a cada uno**, para lo cual es necesario emplear el método histórico comparativo.

Para hacer operativa esta concepción de la historia internacional, será necesario enfatizar un uso flexible del concepto *internacional* en este análisis, que evidentemente no sólo se refiera a la relación entre *naciones* (como el rigor semántico sugiere) sino, de manera más

genérica, a la relación general entre *colectividades humanas políticamente autónomas* (lo que representaría la **esencia** del fenómeno *internacional* en sentido laxo) en busca de un patrón de regularidad en su desarrollo histórico.

La nación es sólo una entre muchas formas históricas de agrupación social. De hecho, una bastante reciente. No obstante, por razones históricas, el nombre de relaciones internacionales ha cobrado patente de uso para referir fenómenos sólo recientemente abordados desde un ámbito disciplinario.

Hernández-Vela puntualiza el concepto con claridad; **nación**, nos dice es, una:

“colectividad humana con rasgos comunes, propios y exclusivos, cuya voluntad general unifica a todos sus miembros y les permite establecer y desarrollar una vida política distintiva, que saque a la luz su identidad genuina, sus características más peculiares, su propio sentido de la existencia y de la vida.”
(Hernández-Vela, 2002, pág. 681)

Ciertamente, a pesar de su precisión, es difícil reconocer desde una definición de esta naturaleza el carácter eminentemente histórico del fenómeno nacional. Las naciones surgen de alguna manera de un proceso de aglutinamiento progresivo que permite incorporar en una unidad orgánica de mayor envergadura a gente otrora vinculada entre sí de manera más laxa. Durante su proceso de conformación, se sientan las bases para que pueblos y gentes antes diferenciados se fundan en un mismo proyecto social bajo un estilo de vida compartido, superando mediante lazos predominantemente culturales, la solidaridad biológica que antes los caracterizaba.

El fenómeno de las nacionalidades ha sido extensamente estudiado desde mediados del siglo XIX. Para los estudiosos de ciencias sociales del mundo contemporáneo, no obstante, es importante saber que los hombres no siempre estuvieron agrupados en naciones y que tanto en sus procesos de formación y consolidación, así como en los de interacción de unas con otras se inscriben los rasgos más característicos de la historia mundial contemporánea, de donde nace su importancia para el estudio de ciencias sociales en la actualidad (Sarquís, 2005, págs. 242-246).

Pero, si las naciones son un fenómeno sociológico reciente, ¿cómo habremos de referirnos al fenómeno de la interacción entre grupos humanos políticamente autónomos antes de que

hubiera naciones? ¿Tiene sentido siquiera establecer este análisis; son comparables entre sí los modos de interacción entre actores internacionales pertenecientes a sistemas distintos? ¿Por qué resulta significativo en el intento de reconstrucción de sistemas históricos internacionales? Éstas son algunas de las interrogantes que estaremos tratando de responder a lo largo de esta obra.

Es evidente que en el pasado han existido diferentes formas de agrupación social (desde las comunidades primitivas hasta los pueblos) que es importante identificar y analizar en su especificidad; también es claro que la interacción entre ellas es algo más que un fenómeno meramente volitivo o casuístico y que la dinámica de la historia universal se mueve, entre otras cosas, en función de esa interacción entre comunidades políticamente independientes. Si éste es el caso, resulta fundamental explorar el significado que pueda tener la conformación de sistemas internacionales históricos para la comprensión del presente, ya que la falta de perspectiva histórica dificulta entender cuestiones fundamentales del sistema internacional actual. Es por ello que este trabajo busca aprovechar tanto la contribución del análisis internacional en el estudio de sistemas internacionales como el potencial disciplinario de la historia, para una mejor comprensión de la idea misma de sistema internacional histórico.

Es necesario subrayar que naturalmente hubo diferencias significativas en los patrones de comportamiento que desarrolló cada sistema en el pasado y que para entenderlos es necesario penetrar en las estructuras sobre las que se fundaron las acciones de los actores que operaron en cada sistema. Como los sistemas internacionales son, ante todo, construcciones sociales (producto de la interacción humana) desde una perspectiva integral, el señalamiento de fronteras temporales para reconocer el tradicional *antes y después* característicos del análisis histórico depende mayormente del consenso sobre lo que es verdaderamente significativo para marcar las diferencias entre un sistema y otro, entre una época (bloque histórico) y otra, entre un orden internacional y otro.

Ahí queda pues planteado el reto de identificar y clasificar cada uno de esos órdenes para los historiadores de las relaciones internacionales. Ciertamente, desde una perspectiva sistémica hay que considerar que la realidad puede ser percibida como un conjunto de sistemas y subsistemas integrados, que cada analista tiene la responsabilidad de caracterizar

como tales, de tal suerte que cada sistema internacional puede tener varios subsistemas, cada uno de ellos con su propio orden; de este modo, en efecto, como oportunamente ha señalado Downing:

“La naturaleza no tiene interés ni en las clasificaciones de las ciencias exactas ni en la lógica aristotélica de dos valores. El problema es el mismo con los sistemas sociales que con los átomos, las células, los organismos o los sistemas estelares. Si podemos reconocer un patrón de relaciones internas, si logramos identificar un patrón de relaciones externas, si llegamos a ubicar fronteras, entonces podemos describir un sistema” [Énfasis añadido] (Downing Bowler, 1981, pág. 160)

El reto entonces será, en estos términos, sustentar la idea de que la noción de *sistemas internacionales históricos* tiene sentido y constituye una aportación útil para una mejor comprensión de la dinámica que mueve a la historia auténticamente universal.

Para Wallerstein, uno de los autores en los que mayormente se sustenta el enfoque de los sistemas históricos en la historia:

“el término sistema histórico no suele usarse en las ciencias sociales y muchos especialistas en estas disciplinas de hecho lo consideran una expresión anómala. Quienes hacen hincapié en lo histórico por lo general niegan o minimizan lo sistémico y a su vez, quienes prestan atención a lo sistémico suelen hacer caso omiso de lo histórico”. (Wallerstein, 2007, pág. 249).

Desde la perspectiva adoptada para el desarrollo de este trabajo, los sistemas internacionales son entidades dinámicas, se encuentran en transformación constante y ésta los lleva desde su nacimiento hasta su zenit y posteriormente a su desintegración o asimilación por un sistema de mayor alcance. Si éste es un patrón recurrente en la historia, es necesario plantearlo e ilustrarlo con mayor claridad, sin caer en el reduccionismo simplista que considera a cada sistema como una mera repetición mecánica de alguna experiencia anterior. En este contexto, el sistema histórico no tiene porqué ser un oxímoron.

Siguiendo a Wallerstein (2005), puede decirse que, los sistemas históricos poseen por lo menos tres características definitorias en las que el analista puede centrar su atención:

- Son relativamente autónomos (funcionan primordialmente con base en sus procesos internos, -aunque ello no implica negar la influencia externa que también los mueve y los conecta con el resto de la experiencia humana).

- Tienen límites temporales (principio-fin, -aunque estos límites no siempre se distinguen con total claridad y diferentes analistas pueden fijar delimitaciones distintas que frecuentemente se traslapan con otras).
- Tienen límites espaciales (están geográficamente definidos, -aunque pueden ir variando en relación al espacio que ocupan con el paso del tiempo).

Para este mismo autor,

“un sistema histórico debe representar una red integrada de procesos económicos, políticos y culturales, cuya totalidad mantiene unido al sistema”
(Wallerstein, 2007, pág. 250)

Esto me parece especialmente relevante porque sugiere la unidad estructural del sistema; no obstante, debemos enfatizar que la vinculación de los actores en un sistema internacional dado a través de los mismos principios guía que condicionan al sistema no implica, en forma alguna, que todos los miembros del sistema estén irremediamente “atados” al mismo destino. Todos están sujetos a las mismas influencias, pero cada uno de ellos las percibe y las procesa de manera individual; en consecuencia, cuando cambia cualquiera de los parámetros en los procesos particulares del sistema, el resto del conjunto deberá adaptarse, pero cada uno de las partes lo hace *a su manera*. Wallerstein hace además una interesante propuesta para distinguir entre las *economías-mundo* y los *imperios-mundo*, dos categorías que nos ayudan a clasificar diferentes modalidades de sistema internacional.

Los imperios-mundo, como explica Wallerstein, se caracterizan por tener una sola estructura política de cúpula, mientras que las economías-mundo estarían vinculadas entre sí merced a un modo de producción común, pero en ausencia de la estructura política dominante. Ahora bien, ninguna de las dos representa una categoría estática, definida de una vez por todas y para siempre; al contrario, ambas están siempre intentando mantener un precario equilibrio, cuya ausencia las puede llevar a transitar de una condición a otra, casi sin previo aviso. Todos los sistemas internacionales son estructuras dinámicas y, por tanto, muy susceptibles a factores que propician su cambio.

En mi propia perspectiva, los sistemas-mundo (que pueden verse como sub-sistemas regionales) nacen originalmente en un contexto de “anarquía” y tienden *a* evolucionar

gradualmente hacia fases imperiales, pasando por varias etapas, sin que ello implique que todos alcancen indefectiblemente esa condición imperial, ni que la alcancen de la misma manera. El estudio histórico de sistemas internacionales tendría que revelar las regularidades sociológicas de todas las experiencias sistémicas internacionales en la historia, lo mismo que las especificidades características de cada sistema.

La obra de Wallerstein, en la que nos hemos apoyado sustancialmente para el desarrollo de nuestro trabajo, se nutre a su vez de la perspectiva de la escuela francesa de los *Annales*.

*“El grupo de los anales había surgido en los años veinte como protesta, encabezada por Lucien Febvre y Marc Bloch, contra el perfil altamente idiográfico y empirista que dominaba la historiografía francesa, determinando su dedicación casi exclusiva a la historia política. El grupo de los Anales enunció varias contradicciones: la historiografía debía ser “total”, es decir, debía lograr **una imagen integrada del desarrollo histórico en todos los ámbitos sociales**” (...) De hecho, las bases económicas y sociales del desarrollo histórico eran más importantes que la superficie política, y aún más, era posible estudiarlas sistemáticamente y **no siempre en los archivos**. Y las generalizaciones a largo plazo sobre los fenómenos históricos eran de hecho, no sólo posibles sino deseables.” [Énfasis añadido] (Wallerstein, 2006, pág. 30)*

Para Wallerstein, desde principio de los años setenta, se empezó a hablar con mayor insistencia y de manera explícita sobre los sistemas-mundo de análisis como opción para la conceptualización de la problemática internacional. La idea de los sistemas-mundo fue un esfuerzo intelectual por combinar de manera coherente las preocupaciones respecto del objeto de estudio, las preocupaciones por las temporalidades sociales y las preocupaciones por las barreras que se habían erigido entre las diferentes ciencias sociales. A partir de ello, en lugar de los estados nacionales tradicionales que los internacionalistas habían focalizado como objeto de estudio propio, se empezaron a contemplar ‘sistemas históricos’ que, según se decía, habían existido hasta ese momento en sólo tres variantes: mini-sistemas y ‘sistemas-mundo’ de dos tipos: economías-mundo e imperios-mundo.

Según este autor y sus numerosos partidarios, con los sistemas mundo visualizamos con mayor facilidad una zona espacio temporal que atraviesa múltiples unidades políticas y culturales, que representan una zona integrada de actividad e instituciones que obedecen a ciertas reglas sistémicas, que los analistas deben identificar, pero que no necesariamente implican respuestas deterministas por parte de aquellos a quien están dirigidas.

“Los analistas de sistema mundo insisten que más que reducir situaciones complejas a variables más simples, el esfuerzo debería dirigirse a complejizar y contextualizar todas las denominadas variables más sencillas a fin de entender situaciones sociales reales” (Wallerstein, 2006, pág. 36)

Desde esta perspectiva, y siempre siguiendo a Wallerstein, las espacio-temporalidades que observamos como sistemas internacionales históricos son, por supuesto, construcciones reales (es decir, existentes) en el sentido de que podemos encontrar referentes empíricos que las sustenten y que además se encuentran en constante evolución, cuya construcción es parte componente de la realidad social que experimentamos. Los sistemas históricos dentro de los que vivimos son, efectivamente, sistémicos, porque reflejan los principios guía que definen sus patrones de regularidad observables pero también son históricos, porque cada uno de ellos posee características que lo singularizan respecto de todos los demás.

A partir del marco teórico que se ha ido configurando desde una perspectiva sistémica integral, en la que se destaca la interconectividad del conjunto, su tendencia integradora y sus niveles de análisis (estructura, funciones, comportamiento y evolución), abordaré en la parte de casos prácticos de esta obra el análisis concreto de la antigua civilización de Egipto como un imperio mundo y el caso del mundo helénico como ejemplo de economía mundo.

El término “imperio” resulta de especial importancia en este contexto. Se trata de un concepto que, en muchos sentidos ha sido sobre utilizado, lo que lo ha hecho relativamente ambiguo. No es difícil constatar la diversidad de acepciones que puede tener:

1 Estado que impone su autoridad por la fuerza sobre otras naciones que cuentan con diversos niveles de independencia; son gobernados por una única persona que ha sido investida solemnemente para este cometido llamada emperador: *el Imperio bizantino*.

NOTA Con mayúscula inicial cuando hace referencia a un imperio concreto.

2 Periodo histórico durante el que un territorio o estado tiene esta forma de gobierno: *el Imperio romano fue una época fundamental para la cultura occidental*.

NOTA Con mayúscula inicial cuando hace referencia a un imperio concreto.

3 Periodo histórico durante el que un territorio o estado es gobernado por un emperador: *el imperio de Julio César*.

4 Empresa o conjunto de empresas pertenecientes a un único propietario que tienen un gran poder económico y una especial influencia comercial.

5 Dominio o influencia que ejerce una cosa sobre las demás: *el imperio del dinero*.
— *adj.*

6 Se aplica al estilo arquitectónico de la época napoleónica.

Imperio (K Dictionaries Ltd., 2009)

Desde un punto de vista político, la idea básica sobre los imperios parece sugerir el dominio de un grupo políticamente autónomo sobre otros que, merced a la actitud del primero, empiezan a perder su propia condición de autonomía. Los mecanismos para lograr este sometimiento pueden ser varios, tradicionalmente se piensa en el uso directo de la fuerza bruta a través del poderío militar, pero ciertamente no es el único. Diversos autores lo expresan de distintas maneras, uno de los más claros al respecto es Doyle, para quien:

"El Imperio es una relación, formal o informal, en la cual un estado controla la efectiva soberanía política de otra sociedad política. Se puede alcanzar por la fuerza, por la colaboración política, por la dependencia económica, social o cultural. Imperialismo", añade, "es simplemente el proceso o la política de establecer o mantener un imperio". (Doyle, 1985, pág. 45)

Siguiendo esta idea, pienso en el imperio como la fase más desarrollada de un sistema internacional histórico (no necesariamente la mejor), es decir, la etapa en que el proceso de interacción entre las unidades políticamente autónomas que arrancaron en un momento de anarquía debido a la ausencia de un poder común que regulara su trato mutuo, han llegado a conformar una estructura socio-política dominada por un poder hegemónico que rige el destino de la totalidad. La duración de esta etapa depende mucho, desde luego de las capacidades y de los mecanismos del hegemón para mantener su poder. La experiencia histórica muestra que, a pesar de los esfuerzos por mantenerlo, todo imperio tiende eventualmente a desintegrarse, lo que permite reiniciar el ciclo de su formación.

A manera de breve conclusión intentaré mostrar cómo es que en la actualidad, el estudio de la historia bien puede hacerse en una perspectiva doble: en primer lugar, la endógena que contempla desde dentro el proceso de configuración de actores particulares del escenario global o bien a partir del ángulo de observación que ofrece la panorámica del conjunto, es decir, considerando la perspectiva del sistema internacional como totalidad. Estas perspectivas no son, como ya he dicho insistentemente, en forma alguna mutuamente excluyentes entre sí; al contrario, normalmente se complementan una a otra para poder tener una visión integral de la experiencia humana en su conjunto.

Las crónicas nacionales habitualmente se ocupan del primer enfoque; la historia de las relaciones internacionales idealmente debería cubrir el segundo; sin embargo, por su enfoque predominantemente presentista actual, sólo lo han hecho de manera deficiente.

La tarea para el historiador de fenómenos locales se fundamenta por lo general en el delicado trabajo de reconstrucción histórica clásico que incluye la búsqueda, revisión, validación, clasificación e interpretación de fuentes primarias (evidencias históricas) que permiten la construcción de imágenes sobre el pasado de una comunidad histórica determinada.

La tarea para el historiador de las relaciones internacionales suele ser un tanto más complicada debido a la diversidad y dispersión de las fuentes primarias, lo que obliga a una mayor dependencia sobre el trabajo de interpretación de la aportación que hacen los historiadores locales. No es un cambio en relación al contenido del hecho histórico lo que propongo, simplemente un cambio en el ángulo de observación, lo que, a mi juicio, contribuye sustancialmente a ampliar el horizonte en el proceso de reconocimiento del pasado humano.

Mi intención principal consiste en sugerir y fundamentar la idea de que el estudio de la historia entre cualquier comunidad epistémica de analistas en ciencias sociales es muy importante porque contribuye al reconocimiento del objeto de estudio más amplio que existe para las ciencias sociales en la actualidad: el sistema internacional lo cual, a su vez va a facilitar una mejor comprensión de su evolución en el tiempo (lo que de alguna manera nos permite explicar con mayor facilidad porqué es como es en su singularidad contemporánea).

También he querido enfatizar la importancia de presentar los fenómenos históricos justamente desde una perspectiva internacional, es decir, en relación con la forma en que ellos vinculan los ámbitos de lo 'interno' y de lo 'externo' en el contexto de un análisis social integral que centra su atención en la configuración del todo y su relación dialéctica con el funcionamiento de las partes. En otras palabras, he querido destacar la forma en que el medio internacional influye en el devenir de los acontecimientos nacionales y la forma como todos estos acontecimientos contribuye a su vez al rediseño del medio internacional.

Por otra parte intento señalar la forma en que, desde mi punto de vista, las nociones de bloque histórico y orden internacional coadyuvan a conformar la idea del sistema internacional y a volverla más operativa desde la perspectiva del análisis histórico concreto, permitiendo, entre otras cosas, el análisis comparativo y la caracterización de los nuevos órdenes internacionales cuando éstos ocurren.

Finalmente destaco la idea de que este enfoque permite abordar el estudio de la historia de manera simultánea, desde la doble perspectiva del cambio y la continuidad, al considerar a la fenomenología internacional como parte de un *continuum* histórico desglosable en fases. De este modo aprendemos a distinguir lo que comparten todos los sistemas internacionales justamente por ser sistemas sociales, pero también a reconocer lo que los diferencia en cada una de sus etapas de desarrollo de otros sistemas internacionales históricos. Lo singular en la historia se vuelve de este modo significativo a partir de lo común en la experiencia humana y a su vez hace posible la construcción de la idea misma de universalidad en la historia.

¹ En el área de la antropología, por ejemplo, Augé nos dice que a pesar de las claras diferencias que distinguen a su área de la historia, ambas disciplinas tienen, no obstante, una proximidad evidente debido a la naturaleza distintiva de su objeto de estudio: si el espacio es la materia de la antropología, éste es siempre un espacio histórico, y si el tiempo es la materia principal de la historia, es siempre un tiempo localizado y, en este sentido, antropológico. (Augé, 2006, pág. 14)

² Sólo a manera de ejemplo, ahí está el trabajo monumental de V. P. Potemkin (1968) sobre la historia de la diplomacia que se remonta a la más lejana antigüedad.

³ En este punto es preciso hacer una acotación importante: hablar de una representación endógena de los grupos humanos generalmente nos lleva a pensar en los escenarios internacionales como una especie de mosaico en el que cada unidad tiene vida propia e independiente de las demás (lo que no resulta incorrecto en forma alguna), sólo que hace difícil pensar de manera holística, en la conformación de un sistema interconectado en la noción misma de interés tiene que ser revisada para ir más allá de las fronteras grupales.

⁴ La idea no es, por supuesto incorrecta. Cada etapa en la historia tiene su propia especificidad y es deber del especialista reconocerla. Mi argumento, sin embargo es que la historia también puede verse como una concatenación de acontecimientos estructuralmente interconectada. Y ambos enfoques pueden ser perfectamente complementarios entre sí.

⁵ Cfr. por ejemplo, Lieber (1988)

⁶ Aquí, *estado de naturaleza* se entiende, por oposición al *estado de sociedad*, siguiendo el pensamiento hobbesiano, como esa condición de la vida social que, en ausencia de un pacto de civilidad, condena a los hombres o a los grupos creados por ellos a una situación permanente de guerra y predominio del más fuerte.

⁷ La noción misma de “*fenómeno internacional histórico*” tendrá que ser explorada con detenimiento en este trabajo, de hecho, constituye el núcleo duro mismo de esta obra, debido a que, como veremos, para la gran mayoría de autores, las relaciones **inter-nacionales**, según el mismo nombre sugiere, sólo deben (o pueden) proyectarse hacia el pasado hasta la época en que surgen las naciones (cuestión que de suyo no está exenta de debate).

⁸ Esta idea aparece claramente desarrollada en *L'Atlas des Mondialisations: 5000 ans d'histoire en 200 cartes*, Le Monde 2010-2011

⁹ Ver, (Del Arenal, 1987, pág. 320)

¹⁰ La especie humana solo es una más entre las existentes en la Tierra, y al igual que todas las formas de vida conocidas está sujeta a las leyes de la evolución. Esto implica que el hombre apareció en algún momento del pasado como resultado de progresivos cambios adaptivos que generan nuevas líneas evolutivas y abocan a la desaparición a otras. La cuestión sobre la antigüedad de nuestra estirpe y su origen no tiene una respuesta sencilla. Lo que sabemos del proceso de hominización que nos ha llevado hasta ser lo que somos, está basado en un largo y tortuoso sendero de descubrimientos e hipótesis esparcidas en el tiempo. (Porcel, 2009)

¹¹ En este sentido laxo, pues, las relaciones internacionales incluyen todo tipo de interacción (jurídica, política, económica, cultural, social, etc.) entre grupos humanos que son políticamente independientes entre sí y que condicionan el surgimiento de los sistemas internacionales, desde su fase más elemental (anárquica) hasta la fase más completa en la que uno de ellos ejerce un poder hegemónico sobre los demás y que denomino fase imperial.

¹² Ya David Fischer prevenía oportuna y acertadamente contra las falacias del *presentismo* en el sentido de no valorar coyunturas históricas diversas aplicando valores y concepciones contemporáneos. *Cfr.* Fischer (1970).

¹³ Este es, sin duda, un fenómeno cuyo alcance y significado se ha convertido en uno de los temas de mayor interés para las ciencias sociales contemporáneas y que la propia historia se tendría que plantear como objeto de estudio (no sólo como singularidad del mundo actual sino como proceso recurrente en la evolución de la humanidad)

¹⁴ Para una discusión interesante sobre esa posición, se puede consultar (S/D, What is presentism?) Un trabajo especialmente interesante sobre este particular es el de *Presentism and Consciousness* en McKinnon (2003)

¹⁵ *Cfr.* Wittgenstein (1953)

¹⁶ En breve, no pretendemos sugerir que el presentismo sea de suyo una opción “equivocada” que deba ser sustituida por un análisis histórico a profundidad; la idea es que ambos enfoques deberían complementarse entre sí más que oponerse de manera irreducible.

¹⁷ En este sentido sigo también la concepción de Stern cuando sugiere que para estudiosos de las relaciones internacionales, “*especialmente desde la perspectiva de la Escuela Inglesa, una sociedad internacional existe ahí donde hay entidades políticas separadas y autónomas que mantienen relaciones significativas entre ellas, al punto en que éstas condicionan su comportamiento y producen una cultura dominante que da forma a las normas, códigos de conducta e instituciones que se dan entre estas entidades*” (Stern, 2000, pág. 56)

¹⁸ Se denomina genéricamente revoluciones burguesas al conjunto de movimientos políticos económicos y sociales a través de los cuales, a partir de mediados del siglo XVIII, una clase social en ascenso lucha por el reconocimiento de sus derechos. Las más conocidas son: la revolución industrial inglesa, la guerra de independencia de las 13 colonias en Norteamérica y la revolución francesa, aunque ciertamente hubo varias más. Ver, Hobsbawm (1971)

¹⁹ *Cfr.* Sarquís, (2005), especialmente Cap. 4.

²⁰ En este sentido, dichos periodos quedan integrados como unidades históricas o como espacios de análisis, (“bloques” siguiendo la terminología gramsciana) en los que puede concentrarse el esfuerzo analítico, porque se parte del convencimiento de que, en efecto existe una unidad integradora subyacente, la cual da sentido al conjunto, a pesar de la diversidad o de la desarticulación que pudieran sugerir las apariencias.

²¹ Para una detallada y excelente reseña de lo ocurrido durante las negociaciones de este Congreso, ver King, David (2008)

²² En algunos casos, cuando el orden internacional se formaliza a través de la creación de instituciones, se empieza a hablar de *regímenes internacionales*; una categoría de análisis más elaborada en la que “*entra en juego un patrón de cooperación regular implícito o explícito regido por expectativas comunes entre dos o más estados*”. (CVG, 2009)